Lecturas del Domingo 24º Ordinario – A
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

COMENTARIO

Siempre digo convencido que la capacidad de perdonar es el termómetro de la Caridad. En un saco de rencores, como lo es el interior de algunos, es imposible que germine y crezca la Gracia. Condición primera, pues, de nuestra salud espiritual. La tendencia a la antipatía con respecto a quien pertenece a un grupo rival, político, deportivo o social, con frecuencia se convierte en odio y en refriega y sumergido en ella, viene la ofensa que desemboca de inmediato en el aborrecimiento.

Ahora bien, perdonar no es lo mismo que olvidar. Ciertas ofensas resultan ser como un rejón que se clava en el alma, que es difícil de eliminar. Más bien hay que aceptar que la cicatriz espiritual que queda, nunca desaparecerá del todo. ¿la situación, pues, no tiene remedio?. La solución está en la Caridad. Pese a que te duela, ayuda, sé generoso, no te encierres en ti mismo y verás que poco a poco vas olvidando, disminuye el dolor y que crece tu capacidad de comprensión respecto al otro y a la postre, gozas de sosiego.

Ya que en el contenido de la parábola que el Señor explica, se mencionan dos monedas que para muchos de vosotros serán desconocidas, me detendré un momento en explicar su valor y aplicación.

En primer lugar se habla del talento, que no era propiamente una moneda. Deseaba saber en qué consistía. Desde hacía tiempo veía en el museo bíblico de Montserrat, una piedra de considerable tamaño, con el correspondiente rótulo que decía que correspondía a un denario. Me intrigó más tarde que no hubiera visto ningún otro ejemplo, en ninguna otra muestra.

Por aquel entonces no existía la ínclita Wikipendia, salvación actual para quien desea satisfacer cualquier embrollo. He acudido a tal enciclopedia y en este caso, como en tantos otros, no me ha decepcionado. El talento dice, correspondía aproximadamente a la masa de agua que se necesitaba para llenar un ánfora. Obviamente acompaña a la definición el correspondiente dibujo. Continúa diciendo que el origen de tal unidad está en Babilonia. Como el tamaño de un ánfora no podía ser siempre exactamente el mismo, al traducirlo a nuestra mentalidad actual y a nuestro sistema de medida, dice que el talento que se menciona en el evangelio, equivaldría a unos 58.9kg. Peso que podía ser de oro o plata. Si uno desea saber el valor, suponiendo era oro el metal que se ponía en un platillo de la balanza, traducido a euros, dependerá del precio de la onza, que se le asigna diariamente en el mercado de valores de Londres. Dicho todo esto y para que el lector tenga alguna noción, el montante de la deuda del primer empleado, diez mil talentos, correspondería a una considerable enorme fortuna. El otro empleado, de menor rango en la empresa, debía al gran deudor cien denarios, continúa relatando la parábola.

Hay que advertir que el denario es ya una pieza acuñada y siempre de plata. Su peso oscila entre 3 y 4 gr y su valor es fijo y comúnmente aceptado. Fue la más extendida por todo el imperio de la ciudad de Roma. Se conservan muchísimos ejemplares, yo mismo he tenido 5 o 6. El denario correspondería al jornal diario de un simple peón, de acuerdo con la parábola del dueño de una finca que busca

braceros (Mt 20, 1ss). Dicho de otro modo, si al empleado le debía el jornalero 100 denarios, él debía al rey unos 60 000 000 de denarios.
Pienso ahora que un talento de oro, sería semejante a lo que hoy llamamos un lingote del preciado metal.
Vuelvo al contenido de la parábola.
Todos, en un momento u otro, somos ofendidos y del impacto nuestra interioridad se duele. ¿Existe remedio o siquiera cura paliativa? Difícilmente para quien carece de Fe. Para el cristiano, basta que examine, reconozca y valore lo que ha recibido de Dios, o que se sitúe imaginativamente en el Calvario. Que mire a Jesús y reconozca la fortuna espiritual que de su corazón doliente brota y él recibe.
Salvado por la sangre del Señor de todas nuestras infidelidades, prometiéndonos a nosotros también lo que le prometió al buen ladrón, que trate entonces cada uno de distinguir entre la multitud, quien le ha ofendido y juzgue si es capaz de mirarlo irritado y con ánimos de venganza.
En tal actitud está el mejor secreto del perdón.

TEXTOS

del libro del Eclesiástico (27,33–28,9):

Furor y cólera son odiosos; el pecador los posee. Del vengativo se vengará el Señor y llevará estrecha cuenta de sus culpas. Perdona la ofensa a tu prójimo, y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas. ¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro y pedir la salud al Señor? No tiene compasión de su semejante, ¿y pide perdón de sus pecados? Si él, que es carne, conserva la ira, ¿quién expiará por sus pecados? Piensa en tu fin, y cesa en tu enojo; en la muerte y corrupción, y guarda los mandamientos. Recuerda los mandamientos, y no te enojes con tu prójimo; la alianza del Señor, y perdona el error.

de la carta de san Pablo a los Romanos (14,7-9):

Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor. Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos.

del santo evangelio según san Mateo (18,21-35):

En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?»
Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a

él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo." El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes." El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré." Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano.»